

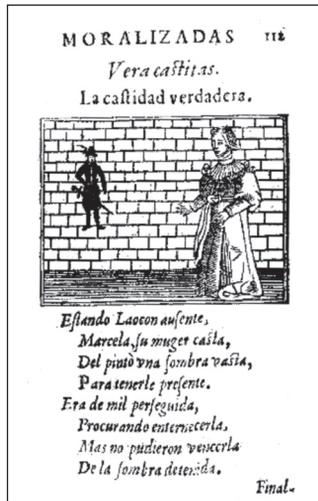
La Sombra del imperio

Rachel Price*

«Hacen falta ojos sobre los ojos,
ojos para ver cómo miran los ojos»
(Baltasar Gracián, *Arte de ingenio*)

1. INTRODUCCIÓN

Comencemos con una imagen deslumbrante: el emblema que acompaña el mote «*Vera Castitas*, o la Castidad Verdadera,» de una edición del año 1599 de *Emblemas moralizadas*, por Hernando de Soto¹.



* Duke University.

1 H. de SOTO, *Emblemas moralizadas*, ed. Herederos de Juan Íñiguez de Lequerica, Licenciado Varez de Castro, Madrid, 1599.

«Estando Laocon ausente,/ Marcela, su muger casta,/ dél pinto una sombra vasta,/ Para tenerle presente. Era de mil perseguida,/ Procurando enternecerla,/ Mas no pudieron vencerla/ De la sombra detenida./ Finalmente fue la guarda/ De su lealtad secreta./ Que la castidad perfecta/ Ella a si misma se guarda».

He aquí el meollo de lo que pretendo desarrollar a continuación: pues esta empresa singular abarca toda una teoría de la distancia, es decir, de la mediación. Pone de manifiesto una lógica de cómo opera la distancia en relación a ciertos objetos deseados cuya posesión se enfrenta con resistencia. En lo que sigue, indagaré en cómo ciertas obras de los emblemistas Hernando de Soto y su sucesor Diego de Saavedra Fajardo² colocan a las figuras de la mujer, del dinero y de las colonias ultramarinas en posiciones análogas: a saber, distantes, deseadas, y sujetas a una gobernación lejana. La representación significa aquí una estrategia de controlar desde lejos, aun mientras sigue siendo vista con recelo en una cultura marcada por la reforma y la contrarreforma.

Volvamos de nuevo a la imagen: una mujer se detiene, en un medio gesto, ante una pared. Dirige su mirada hacia lo que parece ser un hombre levitando en el aire (algo recuerda este emblema a los video-juegos primitivos), cuya espada señala de modo insinuante hacia las partes pudendas de la mujer. Un espacio cargado de tensión separa a ambos, por «detenida» (según el verso) que sea la sombra o almidonados los gestos de la mujer. Quien mira el dibujo se percata de que algo acontece en el espacio negativo entre las dos figuras. Al leer los versos acompañantes, se nos aclara la situación: «estando Laocon ausente,/ Marcela, su muger casta,/ dél pinto una sombra vasta,/ Para tenerle presente. Era de mil perseguida,/ Procurando enternecerla,/ Mas no pudieron vencerla/ De la sombra detenida./ Finalmente fue la guarda/ De su lealtad secreta./ Que la castidad perfecta/ Ella a si misma se guarda».

En «Castidad verdadera», la sombra —la representación— del marido/soldado ausente logra gobernar y dominar la mujer desde lejos. Esta sombra, por cierto, no es otra que la misma de que hablará Diego Saavedra Fajardo en su aguda empresa 43, «UT SCIAT REGNARE» («Para que sepa reinar»), la cual afirmará: «Las sombras de la razón de estado suelen ser mayores que el cuerpo»³. En esta dilucidadora imagen de la ideología que nos lega de Soto, Marcela, soberbia ante miles de pretendientes, se mantiene fiel a la figura del patriarca/

2 SAAVEDRA FAJARDO, *Empresas Políticas o Idea de un principe político christiano representada en cien empresas*, ed. Sagrario López, Cátedra, Madrid, 1999. Según explica en su introducción Sagrario López, editora de las *Empresas Políticas de Saavedra Fajardo*, Saavedra Fajardo demuestra clara influencia de De Soto.

3 Ibidem, p. 532.

conquistador, lo cual convierte al emblema en exponente de la misma lógica que presuponía que las Indias habían de mantenerse fieles a una monarquía distante. Igual que Laocon mediante su pintura (su doble), el imperio español también apelará a la estética para gobernar sus posesiones distantes, tan frecuentemente alegorizadas mediante la figura de la mujer.

Una meditación sobre la representación y la manera en que funciona ésta para proteger los bienes del imperio cuaja también dentro de un discurso más amplio sobre el papel de la representación en promover el Estado, profundizado mediante el libro de emblemas o empresas, con su doble reto de ser espejo de príncipes. Este estrecho vínculo representación-estado sobredetermina que el lector se de cuenta de que las piedras del dibujo, que ya apuntan hacia varios escenarios posibles (¿un calabozo para la mujer? ¿la ciudad, aquel rincón femenino y decadente, lejos de la cual viaja el hombre, rumbo al Nuevo Mundo o a los Países Bajos?) también se refieren a un discurso más metafórico aún: hacia el Estado mismo, soportado por el género de libros de empresas que Saavedra Fajardo describiría en su *Empresas Políticas*, unos 40 años después, como una obra «compuesta de sentencias y máximas de Estado, porque estas son las piedras con que se levantan los edificios políticos»⁴. Los materiales de la albañilería se convierten en las herramientas del Estado; la pintura, en razón de Estado; las piedras, en los edificios políticos.

2. LA REPRESENTACIÓN

Este ensayo pretende dilucidar los vínculos entre tres teorías de la mediación puestas de manifiesto en una muestra de empresas del siglo XVII, sobre todo en las obras de Hernando de Soto y Diego Saavedra Fajardo. Espero mostrar la manera en que gira cada una alrededor del desafío que plantea la *distancia*, así como los métodos para mediarla, o remediarla, mediante la representación. Los debates se anclan en tres asuntos: (1) cómo reinar las Indias desde lejos, y qué papel debe desempeñar la representación en la realización de ese proyecto. (2) Relacionado con ello, el discurso del vellón (la pureza de la moneda) en cuanto al poder del imperio. Aquí el giro metafísico se debe al hecho de que los problemas materiales del imperio se presentan en términos de apariencia y esencia, valor extrínseco e intrínseco, sombra en la pared y soldado en el campo. Concluyo con (3) una reflexión sobre qué comparte esa lógica del alcance trans-atlántico e imperial, lo que el teórico británico Raymond Williams llamó las «estructuras del sentimiento» (la idea de que el sentimiento y el afecto también son productos históricos y materiales), y los conceptos de género legados por los trovadores. Tales conceptos postulaban la

4 Ibidem, p. 176.

deseada (la *domna*) como objeto, necesariamente inasequible, justo como está presentada Marcela en la empresa de De Soto.

Sin embargo, primero habría que preguntar: ¿cómo funcionaba la imagen a nivel más general en el periodo? Tuvo, por supuesto, varios fines, pero para nuestra investigación sobresalen dos: (1) funcionaba como brazo del Estado, como bien ha argumentado José Antonio Maravall, es decir, un espectáculo popular organizado para los fines del Estado en un momento marcado por lo que Roland Barthes llamaría, en un ensayo sobre Loyola, «el imperialismo radical de la imagen»⁵. Sin mucho empeño se puede encontrar un respaldo para tal evaluación en Saavedra Fajardo. Veamos por ejemplo la empresa 31, «*Existimazione nixa*: apoyada en la reputación»:

«Lo precioso y brillante en el arreo de la persona causa admiración y respeto, porque el pueblo se deja llevar de lo exterior, no consultándose menos el corazón con los ojos que con el entendimiento... lo suntuoso también de los palacios y su adorno, la nobleza y lucimiento de la familia, las guardias de naciones confidentes, el lustre y grandeza de la Corte y las demás ostentaciones publicas, acreditan el poder del príncipe y autorizan la majestad»⁶.

De acuerdo con esta guía para una corte de espectáculo -de una espectacularidad diseñada para «chocar y sobrecoger,» para ser anacrónica- los emblemas y epigramas estaban colocados en «túmulos, carrozas, pegmas como exhibiciones — *affixiones* — en la fiesta publica»⁷. Dada esa cultura visual, el pintar al esposo en la pared en «Castidad verdadera» ya constituye una auto-reflexión sobre la labor de la imagen como herramienta del control. Mas a la vez que los teóricos políticos como Saavedra Fajardo celebraban el poder de lo visual y lo «exterior» — o más bien por la misma razón — prevalecía cierto escepticismo acerca de la imagen, cierta cautela hacia lo aparente ante lo esencial, ese tan trillado desengaño barroco. Véase, por ejemplo, el emblema 47 de Hernando de Soto: «*Fictis aliquando movemur*» («Muevenos lo fingido algunas veces»).

5 J. A. MARAVALL, *La cultura del barroco*, Ariel, Barcelona, 1983. Roland Barthes, *Sade/Fourier/Loyola*, traducido al inglés por Richard Miller, Farrar, Strauss and Giroux, Nueva York, 1976, p. 66.

6 SAAVEDRA FAJARDO, o. c., pp. 439-440.

7 S. LÓPEZ, «Introducción,» en Diego de Saavedra Fajardo, *Empresas Políticas Idea de un príncipe político christiano representada en cien empresas*, ed. Sagrario López, Cátedra, Madrid, 1999, p. 33.



Viene acompañado con el siguiente epigrama: «El ardid es necesario,/ Quando tanto se interessa,/ Como la famosa empresa/ Dela eleccion del Rey Dario./ Rey de la Persiana gente./ Le hizo su ardid y maña,/ Que nos mueue, y nos engaña/ Muchas vezes lo aparente»⁸.

Sin embargo, y a pesar de estas palabras, el párrafo que las sigue invoca la *República* de Platón para rescatar la noción —ya para entonces asociada con Horacio— de la representación como dulce herramienta para edificar y educar. Anota de Soto que «el divino Platō dize: Que la causa porq los antiguos dieron en escribir fabulas, y ocultar sus secretos debaxo dellas, fue por enseñar doctrina a los de tierna edad (...) que aunque exteriormente traen consigo poca autoridad, por ser de composición fingida, con todo esso ocultan mucha sustancia, respeto de que son ejemplares en lo interior»⁹.

3. EL VELLÓN. O ESENCIA, APARIENCIA, Y LA DISTANCIA ENTRE ELLAS

En medio del arbitristo que caracterizaba la España del XVII, el recelo hacia lo exterior y a la apariencia no pudo sino conllevar una reflexión sobre la cuestión del vellón (moneda de cobre utilizada en lugar de la plata). Ya

8 De SOTO, o. c., p. 99.

9 Ibidem, o. c., p. 100.

emergía el dinero como «equivalente universal,» y las preocupaciones con la representación pasaban por ello. Sería el caso, por ejemplo, en la obra de Saavedra. Saavedra es explícito en su convicción de que «la alteración de las monedas» haya sido la raíz de los problemas imperiales, y lamenta que Felipe III «dobló el valor de la moneda de vellón,» concluyendo «¿Quién, pues, no se persuadiera que con el oro de aquel Mundo se había de conquistar luego éste?»¹⁰. Si bien es cierto que en las *Empresas* él no escribe exhaustivamente sobre el tema, su propia decisión de *no* especular más al respecto indica la imbricación de los temas de apariencia/esencia, poder, y representación: «No me atrevo a entrar en los remedios de las monedas, porque son niñas de los ojos de la república, que se ofenden si las toca la mano»¹¹.

El problema del vellón no estaba solo en que depreciara el dinero, también en que la carencia de valor intrínseco ponía «de manifiesto la desacralización del concepto imperial,» según la crítica Elvira Vilches¹². No es casual que los arbitristos de Manuel González de Cellorigo se publicaran, pues, en 1600, justo el momento en que se están editando los *Emblemas moralizadas* de De Soto. En los dos —y tal vez en la obra de Saavedra— un cierto recelo hacia la representación acompaña la desconfianza en el vellón, cuya superficie ocultaba la falta de valor inherente. Una sola lógica dictaba que en la medida en que el valor de la moneda adulterada inspirara desconfianza, tampoco era de confianza la colonia que distara mucho de la sede del imperio, ni la mujer alejada de su esposo (Marcela), ni la producción intelectual y visual de las Américas (cabe recordar que será ahí donde el imperio efectuó una censura de obras ficciones)¹³. Por ende, Hernando de Soto transmuta la sabiduría horaciana ante la

10 SAAVEDRA FAJARDO, o. c., p. 794.

11 Ibidem, 197.

12 E. VILCHES, *La Economía de la Maravilla: Ficciones y valores transatlánticos durante los siglos XVI y XVII*, tesis doctoral, Cornell University, 1998, pp. 12-13.

13 En su libro *Mimesis and Empire: The New World, Islam, and European Identities*, CUP, Cambridge, 2001, Barbara Fuchs afirma que «in the Old world as in the New, the beguiling treacherousness of the verisimilar—the careful imitation of the true—made romance representations at one and the same time powerful displays of artistic prowess, inspiring models, and potential weapons of subversion» [tanto en el Viejo mundo como en el Nuevo, la traición engatusadora de lo verosímil—la estudiada imitación de lo verdadero—convirtió a las representaciones de romances en, a la vez, alardes de destreza artística, modelos inspiradores, y posibles armas para subvertir.]. Y sigue: «in the Americas, the ascription of truth to European texts had crucial religious and political implications, while the doubting of that truth could endanger the whole colonial enterprise. Yet orthodox interpretations seemed increasingly vulnerable to the contagion of fictionality, as the reproduction of the romance marvelous challenged the singular power of authorized version» [en las Américas, el adscribir la verdad a textos europeos tuvo implicaciones religiosas y políticas importantes, mientras que el dudar de tal verdad podía poner en riesgo la ventura colonial en completo. Mas interpretaciones ortodoxas se ponían cada vez más vulnerables al contagio de la ficcionalidad, ya que la reproducción del romance maravilloso ponían en entredicho el poder singular de la versión autorizada].

economía barroca: «La oracion ha de ser util/Iunto con ser elegante» continua «Aunque quede satisfecho/Qualquiera grande Orador./Su oracion no es de valor/Sino ha sido de provecho./A la vil falsa moneda/ La comparo, y assimilo./Pues de su elegante estilo/No mas del gusto nos queda»¹⁴.

Tanto en Saavedra como en de Soto se encuentra una promoción, *junto con* una sospecha, de la representación. En la empresa 2, Saavedra escribe «con el pincel y los colores muestra en todas las cosas su poder de arte. Con ellos, si no es naturaleza la pintura, es tan semejante a ella, que en sus obras se engaña la vista, y ha menester valerse del tacto para reconocellas (...) si pudieran haber celos en la naturaleza, los tuviera del arte»¹⁵.



En este mote, es la proximidad entre la naturaleza y la representación la que engaña. Pero de nuevo, también engaña la distancia, que además distorsiona la representación. Esta crítica obtendrá su expresión más enfática en el discurso de Saavedra sobre el Fray Bartolomé de las Casas y el Nuevo Mundo, considerado a continuación.

En la empresa 7 (*Auget et minuet*, aumenta y disminuye) Saavedra advierte,

«(...) cuando miramos las cosas con los anteojos largos...por una parte se representan muy crecidas y corpulentas, y por la otra muy disminuidas y pequeñas. Unos mismos son los cristales y unas

14 De SOTO, o. c., p. 97.

15 SAAVEDRA FAJARDO, o. c., p. 202.

mismas las cosas, pero está la diferencia en que por la una parte pasan las especies, o los rayos visuales del centro a la circunferencia, con que se van esparciendo y multiplicando, y se antojan mayores los cuerpos, y de la otra pasan de la circunferencia al centro, y llegan disminuidos. Tanta diferencia hay de mirar desta o de aquella manera las cosas»¹⁶.

Estas reflexiones, al parecer metafísicas —o, más bien, *físicas*— han de ser leídas en su contexto histórico. Volvamos a leerlas teniendo en cuenta el análisis de Francisco Murillo Ferrol, quien opinaba que en su época «el escritor murciano vive en una zona histórica de recelo máximo frente a aquel hecho [el «hecho» de las Américas], pues está aún suficientemente cerca para poder imputarle las malas consecuencias, sin estar todavía lo bastante lejos para apreciarlo en su magnífica objetividad. Quizá estas zonas de indecisa proximidad y lejanía a los acontecimientos estén condenadas a una visión menos clara de los mismos»¹⁷. De nuevo será simultáneamente una cautela hacia, y promoción, de la labor de la imagen la que caracterizará la visión de las Américas por parte de una España imperial para la que cualquier duda acerca de la veracidad de publicaciones españolas se veía como amenaza al proyecto imperial. El florecimiento de textos «maravillosos» ocasionó la prohibición ya mencionada al editar literatura imaginativa en las Indias. De nuevo la representación sirvió para legislar el imperio (y la verdad) desde lejos.

4. EL DESEO Y EL SER «DESIGUAL A SI MISMA»

Aquí quisiera divagar brevemente para considerar una faz más teórica del tema. Pues si bien funciona el tropo de la distancia como la diferencia hecha manifiesta en la época barroca —de nuevo, como un «equivalente general» para los temas interrelacionados ya citados— tal tropo tendría raíces profundas y retoños largos, arraigándose en la época medieval y eclosionándose en las obras de Marx y sus sucesores. A principios del siglo XX el filósofo y sociólogo alemán, Georg Simmel, en su *Filosofía del dinero*, organizaría su teoría del deseo en torno a la noción de la distancia. Identifica, como sumamente característica de los objetos deseados, la «distancia [que yace] entre ellos y nuestra impresión de ellos,» aclarando que «hasta el deseo para los objetos, lo cual reconoce la autonomía de ellos aún mientras busca conquistarla, se

16 SAAVEDRA FAJARDO, o. c., p. 244.

17 F. MURILLO FERROL, *Saavedra Fajardo y la política del barroco*, Centro de estudios políticos, Madrid, 1957, p. 320.

establece sólo cuando el deseo y la satisfacción no coinciden. La posibilidad de gozar ha de ser separada, hecha imagen del futuro, de nuestra condición presente, para que podamos desear objetos que se ubican (...) a una distancia de nosotros¹⁸. Esto lo llama Simmel «el efecto objetificador de la distancia», y afirma que el propósito mismo de establecer una distancia es justamente *para que sea superada*. «El anhelo, el esfuerzo y el sacrificio que nos separan de los objetos —argumenta Simmel— también deben conducirnos hacia ellos», una dinámica ya expresada, según él, en la afirmación Platónica de que «el amor es un estado intermediario entre posesión y privación»¹⁹.

Para Simmel, el dinero expresa la quintaesencia de esta dinámica, desempeñando el papel de conquistador de la distancia. Por ende, la cuestión del vellón implica toda una gama de preocupaciones relacionadas. Si bien, como señalamos arriba, la España imperial buscaba controlar la imagen *en* las Américas, las imágenes *de* las Indias se consumían en la península con el fin de forjar la proximidad que, según Simmel, define cualquier relación de deseo y control. Por ejemplo, Christoph Weiditz, ilustrador de Asburgo, hizo una serie de retratos de indios vestidos en sus distintos atuendos, rodeados con sus objetos folclóricos, etc. Se divulgaron los libros en España. Como señala Elvira Vilches en su estudio sobre representaciones del oro en la literatura española del siglo XVI:

« (...) los [llamados] ‘envios por pintura’, además de ser usados como ilustraciones y garantías de futuros beneficios, desarrollan una relación muy especial con sus dueños [:]... Rodearse de estos objetos significa reproducir un universo diseñado a su propia escala en el que ejerce todo su poder. Se produce, de esta manera, casi una representación teatral del poder que la figura del emperador ejerce sobre sus dominios (...) Tener indios, animales exóticos y objetos raros alrededor, significa la posesión virtual de las Indias, así como la confirmación de los parámetros mismos del sujeto²⁰.

Lo que vemos pues en la empresa «La castidad verdadera» representa lo anverso de tal situación: aquí la mujer tiene de escolta una representación de su esposo (que bien puede estar en las Américas) no para controlarle o consumirlo ella, sino para ser controlada. Igual que a las Américas y a los americanos, la representación la controlará a ella —por cierto, no debemos confiar en que fuera Marcela quién pintó la imagen, como nos haría creer el poema.

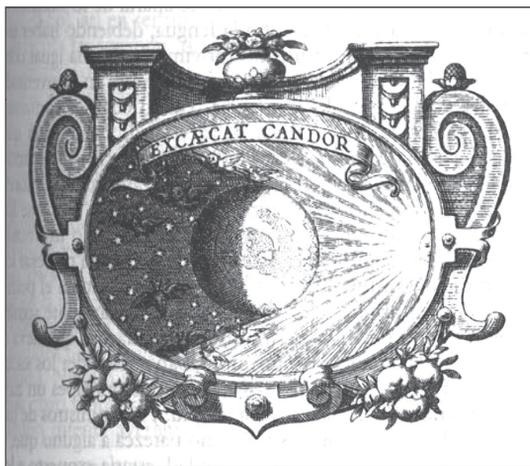
18 G. SIMMEL, *The Philosophy of Money*, traducido al inglés por Tom Bottomore y David Frisby, Routledge, Nueva York, 1990, p. 71.

19 *Ibidem*, p. 76.

20 VILCHES, o. c., p. 95.

En Saavedra Fajardo discernimos una reflexión relativa a esta economía e intercambio o envió de representaciones concernientes al Nuevo Mundo, expresada como incredulidad ante las palabras del Fray Bartolomé de Las Casas. En la empresa 12, «El resplandor ciega», Saavedra Fajardo escribe:

«¿Qué libelos infamatorios, que manifiestos falsos, que fingidos Parnasos, que pasquines maliciosos no se han esparcido contra la monarquía de España? No pudo la emulación manchar su justo gobierno en los reinos que posee en Europa, por estar a los ojos del mundo. Y para hacer odioso su dominio y irreconciliable la inobediencia de las provincias rebeldes con falsedades difíciles de averiguar, divulgó un libro supuesto de los malos tratamientos de los indios con nombre del obispo de Chapa²¹, dejandole correr primero en España como impreso en Sevilla, por acreditar más la mentira, y traduciendo después en todas lenguas. Ingeniosa y nociva traza, aguda malicia, que en los ánimos sencillos obró malos efectos, aunque los prudentes conocieron luego el engaño, desmentido con el celo de la religión y justicia que en todas partes muestra la nación española, no siendo desigual a si misma en las Indias»²².



En estas frases sobre la *Breve relación de la destrucción de las Indias* Saavedra Fajardo le confiere a la representación un poder aterrador de poder

21 Chiapas (es decir, las Casas).

22 SAAVEDRA FAJARDO, o. c., pp. 289-290.

producir malos efectos en «ánimos sencillos.» Pero es la última cláusula que es llamativa: aquí Saavedra Fajardo introduce la noción de ser desigual a uno mismo (el «uno» siendo, por ejemplo, esa entidad naciente que sería la Nación). Una desigualdad a que la imagen también invoca con su globo dividido en noche y día, dos lados desiguales de la misma jornada.

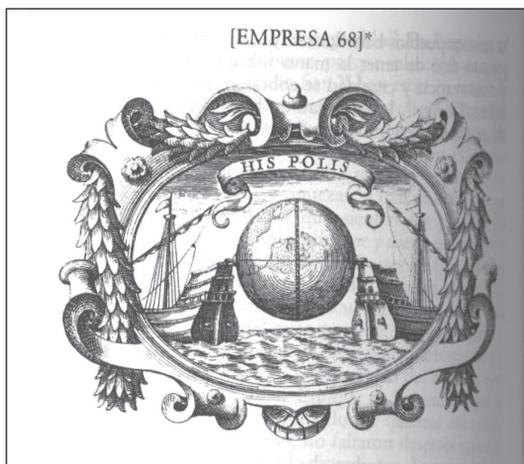
Sería un desafío capital para el imperio lograr gobernar desde lejos, controlar tales representaciones suyas y utilizarlas como brazo del gobierno. Saavedra estuvo consciente de lo difícil que era mantener la autoridad desde lejos. «Primero ha de considerar el príncipe el peligro de los propios que los medios para conquistar los ajenos», aconsejó Saavedra. «El conservar el Estado propio, es obligación; el conquistar el ajeno, es voluntario». Y, anticipando las teorías de Simmel, «cuanto uno alcanza mas, desea mas. Crece con el Imperio la ambición de aumentalle» (p. 686).

Dado los desafíos que presentaba el Nuevo Mundo para el imperio -desde cómo sujetarlo hasta cómo representarlo- no es de sorprender que se elaboraran empresas cuyo tema era precisamente la ventura imperial. Consideremos dos por De Soto y Saavedra Fajardo, respectivamente. La Empresa 20 de Hernando de Soto: *Vega del nuevo mundo nueva Athlante: A Hernando de Vega:/ Si con valor sin segundo/ Puso un, Non plus ultra, Alcides/ Tu con mayor gloria mides/ Desde el Cielo el nuevo mundo./ Desde aca le governaste,/ Y no le pudo ver el,/ Retrato vivo y fiel/ De las Indias que alcanzaste».*

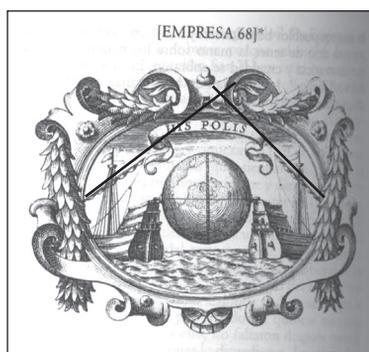


En esta empresa, De Soto reflexiona sobre cómo medir —para mejor gobernar— las Indias: aunque el de Vega apostrofado no alcanzó *ver* a las Indias (ni siquiera a un retrato de ellas), el emblema rinde una metáfora visible para vincular tanta distancia: una cinta que amarra las partes mas distantes del mundo conocido —*non plus ultra*— pero que efectivamente va más allá, allende, *plus ultra*, para alcanzar (¿o agarrar?) al Nuevo Mundo.

Pasemos a la empresa 68 de Saavedra Fajardo, ya de 1640, en que los polos del mundo *plus ultra* demarcan Europa y las Américas.



Obsérvese cómo un alambre une los dos polos, y cómo a la vez el ángulo creado por las dos vergas de las naves se asemeja al que crea la espada de Laocon apuntando hacia su esposa.



Tal como las vergas y los barcos anclan el imperio, así ancla la mujer la espada de Laocon. Recapitulan los trillados vínculos entre mujer e Indias. El tema del amor —el amor cortés de los trovadores, que postula la mujer como objeto inasequible, lejano, y deseado, (justo como funciona el dinero en el esquema de Simmel)— subraya una analogía entre mujer y colonia.

Sigo aquí la pista señalada por Roland Greene en *Unrequited Conquests* (*Conquistas no correspondidas*), donde afirma que el petrarquismo —es decir, el legado en la poesía lírica de los tropos de la mujer como objeto imposible, distante y deseado— es el discurso *por excelencia* que caracterizará la narración de la conquista²³. Como «La castidad verdadera» nos indica, la amenaza de ser «vencido por ella» (pues si no, ¿por qué tiene Laocon en ristre su espada?) sugiere que la identidad del imperio oscila entre la megalomanía y la paranoia de ser dominado —o sea, las mismas preocupaciones que se ven en el discurso sobre el Nuevo Mundo. Tal ambivalencia hacia la dominada —la mujer tanto como las Américas— persiste en la obra de Simmel, quien pretende «mostrar el significado universal de la distancia para la valorización supuestamente objetiva», por utilizar un ejemplo que nada tiene que ver con los valores económicos y por lo tanto ilustra el principio general, a saber, la valorización estética. «Cualquier persona culta puede distinguir, en principio, entre el gozo estético y el gozo sensual de la belleza femenina, aunque no sea capaz de distinguir entre los componentes (...) en el primer caso nos rendimos al objeto, mientras que en el otro el objeto [la mujer] se nos rinde a nosotros» (p. 73).

Quiero introducir aquí una pregunta que Saavedra nos plantea: la mujer (Marcela) ¿representa sólo, en tal ecuación, las Américas o representará también a España? Claro está que Laocon es celoso; sospecha traición. Como es consabido, la traición apela tanto a un discurso político como amoroso. Sobre ello dirá Saavedra, por ejemplo, que «la mayor enfermedad de la república es la incontinencia y lascivia. Dellas nacen las sediciones, las mudanzas de reinos y las ruinas de príncipes (...) Por muchos siglos cubrió de cenizas a España una deshonestidad»²⁴. En un momento arbitrista, Saavedra aconseja que España no desee demasiado, que se mantenga fiel a la figura netamente castiza del hidalgo ante los pretendientes que intentan «enternecerla» (¿los demás países europeos? ¿O las Américas, el otro lado de España al que es, o no, desigual?).

23 R. GREENE, *Unrequited Conquests: Love and Empire in the Colonial Americas*, UCP, Chicago, 2000.

24 SAAVEDRA FAJARDO, o. c., p. 709. Aquí los editores nos advierten que la referencia alude a la invasión de la península por los musulmanes, la leyenda de la pérdida de España por el rey don Rodrigo, visigodo.

5. CODA

Había deseado enmarcar estos comentarios sobre la representación y la distancia dentro de una reflexión más abarcadora sobre la hermenéutica del género emblemático en la cultura europea de la reforma y la contrarreforma. Los libros conllevaban una matriz bien precisa de reglas que gobernaban la interpretación de la imagen, del mote y del epigrama, cuya detenida exploración podría enriquecer nuestras conversaciones sobre el papel de la representación durante la expansión del imperio y el momento de contrarreforma. Pero tendré que dejarlo para otro día, o para otros interlocutores.

Recibido: 13 Noviembre 2006

Aceptado: 21 Diciembre 2007